



Henry Farrell

**¿QUÉ
FUE DE
BABY
JANE?"**

Las hermanas Jane y Blanche Hudson fueron estrellas infantiles de Hollywood, pero sus carreras siguieron trayectorias muy distintas. Mientras que Jane, al crecer, fue olvidada por el público, Blanche se convirtió en una actriz de éxito. Tras un misterioso accidente de coche, Blanche quedó postrada en una silla de ruedas al cuidado de su hermana Jane, que disfruta atormentándola.

ÍNDICE

Prologo 1908

PRIMERA PARTE

UNO 1959

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SEGUNDA PARTE

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

TERCERA PARTE

DIECISIETE

DIECIOCHO

Notas

PROLOGO 1908

EL PEQUEÑO grupo de jóvenes madres esperaba a la sombra estival del callejón con sus excitadas chiquillas. Las mujeres llevaban largas faldas de hilo fino o linón, blusas de manga corta y pamelas de paja. Las niñas, almidonadas y llenas de volantes, lucían en sus cabezas, voluminosas cintas de satén brillante. Muchas pertenecían a las mejores familias de la ciudad, no a la clase que normalmente asiste a la representación de un vulgar espectáculo de variedades, aun cuando sea una función de tarde para señoras.

Únicamente el especial carácter de la actual atracción del teatro había hecho permisible su presencia. Baby Jane Hudson (La Diminuta Duse Danzante de Duluth –¡SOLO UNA SEMANA!–) estaba tan al margen de cualquier reproche, que incluso podían permitirse el lujo de esperar detrás del teatro a que saliera la famosa estrella.

–Dicen que es mucho mayor de lo que parece. –Susurró la mujer del sombrero rojo, que se hallaba junto al flanco izquierdo de la puerta del escenario–. Aseguran que es muy menuda para su edad.

Su compañera, vestida de rosa, miró a la melancólica criatura que tenía junto a sí, asintió, y se cubrió la boca con la mano para contestar:

–He oído decir que le dan whisky para impedir su crecimiento.

–¡No!

–Bueno, yo no me lo acabo de creer. ¿Y usted?

Se decía también de Baby Jane, que era en realidad una enana vestida con ropas de niña. Algunos afirmaban que había nacido con el don de la palabra. Un grupo espiritista de Filadelfia aseguraba que estaba poseída por el espíritu de una actriz difunta, que utilizaba a la niña como un instrumento por medio del cual podía proyectar su talento desde el Más Allá.

En cualquier caso. Baby Jane era un fenómeno. La conocían en todas partes. Sus frases, impresas en pequeñas tarjetas adornadas, se incluían en las cajas de confites. Su foto se vendía a diez centavos, firmada personalmente con amor y besos. Baby Jane era una auténtica celebridad. Y por ello, un estremecimiento sacudió al grupo del callejón, cuando por fin se abrió la puerta del escenario, y apareció Baby Jane.

Era una chiquilla menuda y firme, con grandes ojos luminosos y espeso pelo oscuro; iba enteramente vestida de blanco. Su traje y sus guantes eran de encaje; la faja de satén que llevaba en la cintura hacía juego con la cinta que colgaba de su sombrero de paja. Sus robustas piernas estaban enfundadas en suaves medias de seda, y usaba zapatos de tacón de cabritilla. Los rizos, que por detrás del sombrero le caían como una cascada sobre los hombros, parecían, por contraste, negros como la noche.

A primera vista, parecía un pequeño ángel blanco. Pero esta ilusión se desvanecía, cuando uno se fijaba en la ligera expresión de mal genio de su cara redonda, en el duro apretón de sus manecitas cubiertas de encaje.

—¡No, no... y no! —La voz de Baby Jane, la misma voz que minutos antes cantaba tan dulcemente, resonó en las paredes de alrededor—. No quiero volver a ningún viejo hotel. No quiero hacer la siesta. ¡Y tú no puedes obligarme!

Un hombre moreno, de aspecto agradable, apareció rápidamente detrás de ella, y arrodillándose a su lado, la

tomó de la mano. Al mismo tiempo, una mujer de rostro suave cruzó el umbral, llevando en sus brazos un bebé.

–Ray... –musitó la mujer con ansiedad.

Pero el hombre estaba preocupado por Baby Jane.

–Janie... pórtate bien, preciosa. Tienes que hacer la siesta. Ya sabes que...

–¡No! –chilló Baby Jane–. No quiero ni cerrar los ojos. ¡Y no me puedes obligar a hacerlo!

El hombre miró al grupo intentando sonreír.

–Sé buena con papá ahora, por favor, y...

Baby Jane pataleó.

–No –gritó–. ¡No... no... y *no*!

–Vamos, Janie... –La mujer se adelantó, pero el bebé que llevaba en sus brazos empezó a llorar y se detuvo–. Anda, cállate... –murmuró distraídamente.

El padre carraspeó.

–¿Quieres que tus simpáticas amiguitas piensen que eres una niña mala?

–¡No me importa! ¡Quiero un helado! –Baby Jane intentó desasirse de él–. ¡Lo quiero y voy a conseguirlo!

–Janie, ya hemos hablado de eso, y...

Los ojos de la niña relampaguearon.

–¡Lo quiero, y lo *quiero*! –Su cara se puso lívida–. Yo gano el dinero, y por lo tanto puedo comprar lo que quiera. ¡No puedes impedírmelo!

–¡Ya basta, Jane!

Baby Jane le dio una patada en la espinilla. –¡Lo puedo comprar si quiero! –gritó.

A excepción del progresivo llanto del bebé, reinaba un profundo silencio. Y entonces el padre asintió.

–Está bien. Hace mucho calor; supongo que te lo has ganado. Pero es la última vez que comes un helado esta semana. ¿Entendido?

El comportamiento de Baby Jane sufrió una transformación instantánea. Sus manecitas se distendieron, su expresión se hizo recatada.

–De acuerdo, papá –dijo.

Su padre sacó un pañuelo del bolsillo, y se enjugó el sudor de la frente.

–Y ahora no te olvides de saludar a tus simpáticas amiguitas...

Con una súbita sonrisa, Baby Jane se volvió hacia sus admiradoras, bajó los ojos en un descarado arranque de falsa modestia, y se inclinó levemente. Luego, lanzando besos a diestra y siniestra, cogió la mano de su padre para bajar las escaleras. Abajo, la mujer del sombrero rojo se volvió hacia su amiga, frunciendo las cejas.

–¡Qué barbaridad! –susurró–. ¿Se ha dado cuenta?

La mujer vestida de rosa la miró con consternación.

–¿Se imagina en lo que se convertirá una niña así?
¡Qué pena!

La mujer del sombrero rojo movió la cabeza.

–Son los otros los que me dan lástima –dijo–, los que tendrán que vivir con ella. ¡Piense en la vida que van a llevar!

PRIMERA PARTE

UNO 1959

—*ME IMPORTA un comino lo que diga mi padre. Estoy enamorado de ti, Meg. ¿Qué son todos los millones de los Standish comparados a un ángel como tú?*

Era un hombre joven, de facciones bien definidas, y lustroso pelo negro. Mientras hablaba, su compañera, la rubia de los hermosos ojos color ceniza, le miraba. Sus cejas, que no eran más que medias lunas ligeramente dibujadas, se alzaban un poco en los ángulos interiores de los ojos, prestándole un aire de dolorosa interrogación. Un brillante rayo de luna descansaba en su pelo color platino, formando un halo perfecto. Llevaba un traje de organza con enormes mangas de bollo y una falda acampanada hasta las rodillas. De no se sabía dónde, surgía una música que aumentaba el encanto de la noche. La melodía se llamaba «A la luz de la luna en la Quinta Avenida».

—*Pero te dejaré sin un penique. ¡Oh, Jeff, tú nunca has tenido que trabajar para vivir!*

Sin embargo, el joven poseía ahora la fuerza de su amor, y sonrió para demostrarla.

—*Aprenderé a trabajar para ti, Meg. Quiero hacerlo. Ya verás... te sentirás orgullosa de mí.*

La muchacha alzó sus ojos, y aunque éstos estaban húmedos, su cara reflejaba placidez.

—*No es tan sencillo. Tú has nacido para... —Su ademán abarcó la terraza de alabastro donde se hallaban, la mansión que se alzaba al fondo, los acres de césped bien recortado, las fuentes, las dos copas de champán que había sobre la balaustrada—...todo esto. ¿Te puedes siquiera imaginar lo que es vivir en un piso frío?*

—*Contigo sería un paraíso.*

—*¡Oh, Jeff, mi pobre romántico y loco!*

Mientras «A la luz de la luna en la Quinta Avenida» les llegaba como un susurro, se abrazaron. Ella entornó los ojos con éxtasis. Gimió un saxofón, y un centenar de violines llenó la noche con sus vibraciones. Luego, la terraza, la mansión, y por último los mismos enamorados desaparecieron. En su lugar surgió un hombre con una sonrisa forzada y ojeras...

–Señoras y señores, siento interrumpir esta estupenda película, pero les gustará ver lo que tengo aquí para su perro favorito.

Moviendo hacia delante su mecedora, la señora Bates alargó su mano, y bajó el volumen. Luego, sonriendo dulcemente, miró a Harriett Palmer, que estaba sentada en el diván, al otro lado de la mesa del café.

–¡Ay...! Recuerdo que cuando vi esta película por primera vez, pensé que era magnífica. Claude me llevó un domingo por la tarde. –Comprobando que la taza de café de Harriett estaba vacía, se levantó y la cogió—. La daban en el viejo Majestic.

Harriett Palmer sonrió agradablemente y asintió.

–Me parece que yo también la vi, pero no estoy segura. ¿Te acuerdas de cuándo la filmaron?

La señora Bates, que se dirigía a la puerta, se detuvo.

–En el treinta y cuatro. Eso es lo que dice el programa del periódico.

Cuando regresó con la taza de café otra vez llena, la dejó junto a Harriett y comentó:

–¿Sabes? No creo que me haya perdido ni una sola película de Blanche Hudson. –Eché una ojeada al televisor, para comprobar si seguían dando anuncios—. Fui una fanática suya... hasta que sufrió el accidente. ¿Te acuerdas de cuándo sucedió? Lo sentí tanto como si hubiera sido alguien de mi propia familia.

Harriett, tomando un sorbo de café, la miró y asintió.

–Lo comprendo. Era muy guapa. Todavía me lo parece.

Incluso a la pálida luz de la lámpara, la diferencia entre las dos mujeres, a pesar de que ambas rondaban los cincuenta años, era notable. La señora Bates, al ser innegablemente gruesa de cara y figura, parecía algo más vieja que Harriett Palmer, la cual se había mantenido delgada como dictaba la moda. Mientras que la primera tenía el pelo gris, Harriett se había teñido el suyo rubio platino. La señora Bates llevaba una bata casera estampada en flores, Harriett vestía pantalones negros ajustados y una blusa blanca de seda. La señora Bates se había trasladado al oeste desde Fort Madison, Iowa. Harriett Palmer siempre había sido una nativa de Hollywood, California.

Pero a pesar de todas sus diferencias, las dos mujeres habían sido amigas, desde el mismo día en que la señora Bates llegó a Hillside Terrace. Viuda desde hacía menos de un año, marchó a California para alejarse del ambiente familiar de su hogar, que sólo le traía tristes recuerdos de los felices días anteriores a la muerte de su marido. Harriett Palmer estaba casada con el abogado de una sociedad, que se pasaba mucho tiempo fuera de la ciudad. Por ello, al encontrarse ambas desplazadas, se agradecían mutuamente la compañía. Lo mismo que esta noche, solían pasar muchas veladas en la confortable sala de estar de la señora Bates, mirando la televisión.

—¿La has visto alguna vez? —preguntó la señora Bates—. Quiero decir si sale de su casa... Harriett movió la cabeza.

—Que yo sepa, no. Bueno, la he visto a distancia... en el coche; pero verdaderamente, no podría decirte qué aspecto tiene. Me figuro que ahora debe tener al menos cincuenta años.

La señora Bates sonrió con una leve muestra de indecisión.

—No debería decirlo, pero cuando compré esta casa, lo que me decidió a hacerlo fue el saber que Blanche Hudson vivía al lado. ¿No es absurdo para una mujer de mi edad? Pero todavía no he logrado verla.

—Le da una especie de encanto a la vieja colina —sonrió Harriett—. En otros tiempos, había una gran colonia de gente de cine aquí arriba, pero ella es la única que queda ahora.

La señora Bates asintió.

—En Fort Madison no se pueden ver estrellas de cine de carne y hueso. —Su mirada se dirigió a la hilera de puertas francesas que comprendían la casi totalidad de la pared este de la habitación, y luego se clavó en la oscuridad. La casa de la Hudson, un absurdo edificio mediterráneo de dos pisos, se recortaba al fondo del jardín—. ¿No puede andar en absoluto?

—No lo sé. Me parece que oí decir una vez que había recuperado parcialmente el uso de una pierna. Pero por lo visto, tiene que estar en una silla de ruedas todo el tiempo.

—Me encantaría conocerla —dijo la señora Bates pensativa—. Una verdadera artista de cine. A veces me pregunto... —Su voz se apagó levemente.

—¿Te preguntas qué?

—Oh, es otra de mis tonterías —repuso la señora Bates, volviéndose hacia su invitada—. Paso mucho tiempo en el jardín, y a veces, cuando estoy ahí fuera, me pregunto si me está mirando... —Se interrumpió, desviando su mirada hacia el televisor—. ¡Oh, continúa la película!

Se precipitó a aumentar de nuevo el volumen.

La muchacha rubia y una amiga esperaban en una bulliosa esquina enfrente de una cafetería. Mientras la cámara se movía para tomar un primer plano, consultó su reloj de pulsera, y miró ansiosamente calle abajo. Su vestido era sencillo pero atractivo, y en su pelo se reflejaba el sol, como antes se habían reflejado los rayos de la luna, formando un perfecto halo.

La otra chica era más baja y robusta. Su cara parecía la de un querubín algo mohíno y fatigado, prestándole a la

vez una apariencia cómica y triste. Llevaba arreglado el pelo en una profusión de absurdos bucles; su traje era recargado, de mal gusto, y se había maquillado demasiado los ojos y la boca. Cuando la muchacha rubia se volvió hacia ella, abrió desmesuradamente los ojos, en un claro esfuerzo por producir un efecto humorístico.

–Si no aparecen pronto –dijo la rubia–, me parece que nos tendremos que ir.

La morena asintió vigorosamente.

–Desde luego. Tenemos que regresar a la oficina dentro de veinte minutos.

–Bueno, démosles cinco minutos más... y luego, nos vamos.

–Sí. Además, pagando cada uno su parte, ¿para qué necesitamos hombres?

Harriett se inclinó hacia delante, señalando la pantalla.

–¡Esa es ella! Quiero decir la otra... la hermana.

La señora Bates la miró desconcertada.

–¿La morena? –preguntó.

–Sí, ¿no te acuerdas? En el contrato de Blanche se estipuló que su hermana debería salir en todas sus películas. Lo había olvidado hasta ahora. Utilizaban esta cláusula en toda la publicidad.

–¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Pero nunca supe cuál era. ¿La conoces?

–¿A la hermana? –Harriett frunció las cejas–. No es fácil conocerla. Es muy extraña... todo el mundo lo dice –suspiró–. A veces pienso en ellas dos, viviendo en esa vieja casa solas. Nunca parecen hacer nada, o recibir a alguien. Debe ser horrible...

La señora Bates dirigió de nuevo sus ojos al jardín.

–Sin embargo, es un gesto hermoso que se haya cuidado de Blanche todos estos años. Tiene que ser una buena persona para hacer algo así.

–Bueno, tal vez sí y tal vez no –dijo Harriett enigmática–. Dicen que tuvo algo que ver con el accidente, ¿sabes?

La señora Bates lanzó una mirada penetrante.

–¿Sí? ¿Con el accidente en que Blanche quedó herida? Harriett asintió.

–Cuando sucedió, hubieron habladurías. Ahora no recuerdo exactamente lo que se decía, pero me parece que la creían responsable.

–¿Cómo es posible? Fue un simple accidente de automóvil, ¿verdad?

Harriett hizo un gesto vago con la mano.

–Bueno, en esta ciudad siempre corren chismes. Uno nunca sabe lo que puede creer.

La señora Bates asintió pensativa.

–Ya no me acuerdo de cómo se llama –dijo–. Me lo dijiste una vez, ¿verdad?

–¿Quién? ¿Jane? –preguntó Harriett–. Sí, se llama Jane. Creo que también fue famosa cuando era niña. Tal vez recuerdes haber oído hablar de ella... La llamaban Baby Jane Hudson.

–Allí están. –El joven de facciones bien definidas, vestido en ropas de trabajo, señaló calle arriba–. Vamos, Mac.

El otro joven, gordo y de aspecto alegre, frunció el entrecejo.

–¿Cuál es Gertie? No, no me lo digas. Ya lo sé.

La cámara centró a la chica rubia y a la morena, mientras miraban, veían a los hombres y les saludaban sonriendo. Luego, sacó otro primer plano de ellos. El gordo movió la cabeza.

–¡Chico, esa Meg está como un tren! No me extraña que estés loco por ella.

Y luego los cuatro se encontraron. En un primer plano la rubia y el joven se sonrieron con éxtasis. El gordo ofreció su brazo a la morena en un exagerado gesto de galantería.

–¿Dispuesta a ir a comer, preciosa?